

ZOLA

EN las ciudades del mundo más de una bandera roja tremolará hoy a media asta. Si las naciones esclavas *deben festejar* el onomástico de sus tiranos, los pueblos libres no deben olvidarse de conmemorar el sacrificio de sus redentores.

Hace un año, día por día, que un trágico soplo apagó la existencia de Emilio Zola; soplo misterioso, venido de la sombra y cuyo origen en la sombra queda.

¿Fueron las zarpas de aquella misma mano negra qué ha estrangulado a tantos propagandistas de la verdad, las que se hincaron también en el robusto cuello de este indomable luchador?

La mano negra pertenece indistintamente a dos poderes que eran irreconciliables enemigos suyos desde que, obteniendo la revisión del proceso Dreyfus, destruyó la infalibilidad del uno, y echó por tierra los milagros del otro, demostrando, con la ciencia, que sólo la sugestión puede obrar sobre los peregrinos de Lourdes.

De allí databa el crujir de dientes y el crisar de puños. Ya con *La Debacle*, y *La Conquista de Plassans* tenía sobre aviso a los poderes funestos, que si entonces no le hicieron enmudecer, era porque buscaban oportunidad propicia. Estaba demasiado en expectación y fué preciso que la más densa noche los amparase. Sellaron su labio cuando iba a salir de él una invocación a la *Justicia* pero no antes que, a su grito de *Verdad* la Francia se alzase y, empuñando el látigo, arrojara de la casa del Señor a los mercaderes, expeliera de sus gimnasios de deformación a los jesuitas de la rue Madrid o a los lazaristas de Neully, y de su manufactura a los cartujos de la Charreuse. ¡Sacrilegio horrible! Repechad de noche, a pie y solos, esos contrafuertes occidentales de los Alpes y ante la mole amenazadora de la desierta abadía sentiréis estremecerse vuestra alma de católicos. La destilería duerme, hornillos y estufillas yacen apagados. La refinería no sale de su estupor, peroles, retortas y serpentinas, rectificadores y pesalicores, probetas y pajillas yacen en los vasares. Y el baptisterio en que se bautizaba, el coro en que se rotulaba, la sacristía en que se embalaba, los claustros por donde se hacía el acarreo, las inquisitoriales bodegas, sueñan reivindicaciones futuras evocando apogeos pretéritos. ¡Horrible profanación! Solo el polvo y las arañas ofician en los altares viudos y los huérfanos alambiques.

Descuidando que en el cielo de la

gloria el fin terrenal es apenas un ce-laje, se había creído matar a Emilio Zola. Olvidóse que a la muerte la anula el genio en cuya obra el espíritu vencedor alienta inmortal, y, he aquí cómo sus libros acarrearán estos resultados póstumos. ¡Anatema! ¡Aunque sea sobre su indestructible memoria y su obra imperecedera!

Sí; ha sido inútil que lo detuviesen en plena labor y en plena fuerza! Inconclusa y todo, su magna tarea era titánica ya y, lo que pudo completarla, aquello que escamoteó la sombra, lo forja desmesurado nuestra imaginación, del mismo modo que prolonga hasta lo infinito la altitud de las cordilleras cuyos picachos ocultó la bruma.

En mis sueños yo veo a Zola, como un hombre hecho Dios, rodeado del mundo que creara: a su siniestra los Rougon, ignorantes, perversos, condenados a perpetua esclavitud por haber dudado de la vida. A su diestra los Froment, sencillos, confiados, que triunfan por que llevan fé en la vida. Vanguardia de una nueva era, no simbolizan ya al pueblo francés sino al pueblo de la humanidad que fundará la gran república del Bien.

Esta es la progresión que alcanzó en el desarrollo de su persistente labor de cuarenta años. Comenzada con los conatos de emancipación social fué vigorizándose a medida que ella se acentuaba. En sus primitivos estudios, la individualidad restringe las miras de los actores, poco a poco van apoderándose de ellos aspiraciones comunistas, el campo de sus anhelos toma espacio: dejan de ser hombres aislados para constituir familia; la familia exclusiva se dilata en sociedad patria, las últimas fronteras del egoísmo son derribadas y, como gigantescos símbolos, concluyen por encarnar las aspiraciones del socialismo libertario.

Si en *Los Rougon Macquart* se ve debatirse al individuo oprimido por el medio inmediato, en *La Trilogía* las circunstancias que lo influyen son más amplias y generales. Lucha en *Lourdes* contra el fanatismo religioso. Contra la autocracia ejercida sobre las conciencias en *Roma*. En *París* contra el fanatismo anarquista, abogando en cambio por la concordia, por la fraternidad que, en esta época, no pueden ser palabras sin aplicación. El sana todo mal con la vieja enseñanza del Cristo, *el amor de los unos a los otros*, esa unión que hace la fuerza.

Tal la tesis de *Los Evangelios*, lírico arrebatado en que canta toda esperanza. Fuente desbordante de pasión que

consuela y reanima con sus frescos raudales.

Y todo con el arte magnífico de aquel artista imponderable, en la musical orquestación de ese su majestuoso estilo que distribuye a cada frase, a cada palabra, un matiz distinto, un valor justo, y fuerza el contraste de las notas melodiosas con la austeridad de un acompañamiento grave. Así, precipitando gradualmente el compás, recorre en *crescendo* progresivo los tonos mayores, sintiéndose rodar aquella sinfonía apocalíptica como un trueno repercutidor, como un carro de bronce que arrastrase una cuadriga de corceles desbocados. La tierra retumba y tiembla. La batuta del maestro continúa desencadenando tempestades, dominante siempre en medio de aquel caos armónico que, reducido a la totalidad de una sola monstruosa vibración, crece y aturde y anonada hasta obtener apoteosis gigantesca.

No obstante, dado caso que en Zola no hubiese sino el artista, ni me conmovieran a tal punto mis propias palabras, ni serían escuchadas con semejante bondad por la juventud que me favorece. Y es que a pesar de aquellos axiomas de «el arte por el arte», y «el arte que lleva su finalidad en sí», si él fué grande por su talento, nos aparece enorme con haberlo puesto al servicio de la causa humanitaria, norte único que debieran tener los pensadores de hoy.

Siendo León Tolstoi el restaurador del legítimo socialismo cristiano, y el otro León, pontífice de un católico pseudo-socialismo, Zola representa uno sin sujeción a creencias sectarias ni propósitos mezquinos, fomentador de la solidaridad entre los hombres y inaltecedor del trabajo, que no es cierto se le haya asignado al género humano como castigo de sus faltas, según afirma el dogma católico, sino que es su fuerza, su honor, su bienhechor, su guía y su gloria. «¡Quién me dará otra existencia para que el trabajo me la robe y vuelva a matarme otra vez más!» así exclama este obrero de la luz. Para él cada Froment que nace, debe ser una acrecentación de riqueza y felicidad, un nuevo obrero que natura entrega a la vida ubérrima y generosa. La naturaleza, la vida, son el océano de donde nace y a donde va a sumergirse su doctrina. Su credo es el amor, a la vida con su luz y su noche, con sus tempestades y sus calmas, a ese combate, ese engendro y esa destrucción mútua de los elementos y, ante todo y sobre todo, al pobrecito ser humano, ese elemento también, bajel sin timón y sin brújula que lleva proa rumbo a playas desconocidas. Amor! repite su voz en todos los tonos y el amor reboza de su biblia. ¡Amor! predica incansablemente. Amor al hom-